

y faja central del alfiz. Tiene parteluz formado por columnita con capitel de piedra cipia, decorado con cardinas, sobre fuste liso de mármol negro. Procede de una casa de Córdoba, derribada a comienzos de este siglo. El ladrillo raspado conserva restos de dovelaje fingido, con dovelas pintadas de rojo fuerte, alternando con dovelas del color natural del ladrillo, señaladas con incisiones que no coinciden con las juntas de los ladrillos. Mide: alt. 2.635 m/m., lat. 2.950 m/m. (lám. XXXV, b).

N.º 3.965 a 3.967.—Cuarnición cerámica del exterior de tres vanos, de ladrillo raspado, con azulejos en albanegas y alfiz, que forman sendos arcos lobulados, todo ello similar, como de la misma procedencia, a la guarnición de la ventana gemela anterior. Sus dimensiones oscilan entre: alt. 2.040 m/m. y lat. 2.100 m/m. (lámina XXXVIII, a y b).

Una peculiaridad de la Arquitectura Nazarí

La reconstrucción y reforma del tejado de la Sala de los Mocárabes, del Patio de los Leones, obligó a un nuevo acoplamiento de sus desagües hacia Sur con los tejados contiguos e incluso realizar pequeñas modificaciones en aquella parte de los edificios que cubrían. Desde luego una obra intrascendente, pero que permitió observar de nuevo una singularidad de la arquitectura nazarí, por lo general perdida entre reformas y aditamentos cristianos a la obra musulmana, especialmente desdibujada en esta parte por numerosas vicisitudes que cambiaron profundamente el aspecto, función e importancia del lugar y de aquella parte de los edificios que lo delimitan.

Esas construcciones ocupan la cota más elevada de la calle Real Baja, justamente donde la calle formaba un zigzag, en el que se abrían la puerta del Palacio de los Leones (hoy mutilada) y poco más arriba, la puerta de la Rauda Real, es decir, donde ahora concurren tres palacios (Comares, Leones y Carlos V), con la Rauda. Fue este un punto importante de la urbanización de la Alhambra, no sólo por el acceso al Palacio de los Leones, sino porque aquí se acercan mucho y se comunicaban más cómodamente la Calle Real Alta y la Baja, a poca distancia de la mezquita y del Palacio del Cadí o de los Abencerrajes y desde donde se enfilaba ya directamente el gran palacio que los Reyes Católicos cedieron al Conde de Tendilla y que por ello fue el centro de gobierno de la Alhambra y el puesto de mando de la Capitanía General del Reino.

Al modificar la organización de los palacios de Comares y de los Leones, reajustados para crear la Casa Real cristiana, la puerta del Palacio de Comares y todo aquel

sector de la Alhambra perdió importancia, porque dejó de ser el centro administrativo del Reino y porque los cristianos prefirieron la Cuesta de Gómez, por más amplia, moderna y segura, a la subida por la Puerta de las Armas. Entonces la puerta del Palacio de los Leones se transformó en puerta común para Comares y Leones, esto es, en la puerta de la Casa Real Vieja, muy cerca del palacio de Tendilla. Pero más adelante la obra del Palacio de Carlos V suprime una parte importante de la calle Real Baja y estrecha y arrincona el acceso a la Casa Real Vieja, en tanto que se revalorizaba al extremo occidental de la Alhambra. El foso que lo separaba de la Alcazaba, la Puerta de la Tahona y la Puerta Real fueron eliminados, el antemuro de la Alcazaba modernizado y los escombros acumulados en el sector se terraplenaron, no sólo para cubrir los restos del barrio que mandó improvisar allí el Secretario de los Reyes Católicos, sino hasta la obra de los Aljibes, que se había estimado como magnífica. Aprovechando la reciente urbanización hacen puerta nueva al Palacio de Comares, con entrada directa al Patio de Arrayanes a través de una de las cámaras en sala baja, y por entonces debieron hacerse las guarniciones de cantería almohadillada de las puertas de la Casa Real Vieja.

La entrada antigua a ésta en la calle Real Baja perdería importancia hasta convertirse, en tiempos modernos, en la *Puerta de los Cauchiles*, tal vez la *puerta que sale a los cauchiles*, porque aquí no los hay, ni es probable que los hubiera nunca, sino un poco más arriba, hacia la calle Real Alta. La calle Real Baja desarticulada y medio perdida, el palacio de los Marqueses de Mondéjar deshabitado y la nueva iglesia de Santa María, contribuyeron también a transformar aquel zig-zag vitalísimo de la Alhambra medieval y renacentista en un rincón ya a trasmano, medio ruinoso. Por eso don Leopoldo Torres Balbás tuvo que acometer algunas consolidaciones precisas y ciertas obras, como la de la escalera que desde el Patio de los Arrayanes sube a la galería intermedia y a la alta de la nave Sur, que fue imposible encajar en su emplazamiento primitivo, porque el solar quedó muy reducido por la obra del Palacio de Carlos V. Además modificó los niveles naturales del terreno, allanándolo o intercalando escalones para comodidad del tránsito.

Las obras actuales han despertado de nuevo la atención sobre estos muros y solar, al mismo tiempo que suscitaron la revisión de los documentos y planos conservados y una vez más quedó patente la singularidad con que los musulmanes dispusieron las naves en torno a sus patios, de modo que estuvieran desconectadas unas de otras. Por eso se enlazan sólo los muros de la fachada interior, pero no los muros exteriores paralelos a los que cierran el patio, lo que da lugar a que surjan unos espacios vacíos en los cuatro ángulos del edificio, entre nave y nave. Estos espacios se utilizan a veces para retretes de escasa altura, en planta baja, con entrada por el extre-

mo de una sola de las naves, así que el vacío de los cuatro ángulos del conjunto permanece destacadamente manifiesto en el alzado.

De este modo las cuatro naves no pueden comunicarse interiormente y como tampoco se comunican por galerías o claustros, es preciso salir al patio para pasar de una nave a otra. El sistema obedecerá sin duda al hábito musulmán de la composición compartimentada, pero desde luego es la organización que requiere la usual convivencia de la familia en la casa musulmana y también aislaba los ruidos entre unas y otras estancias y establece eficaces cortafuegos, en previsión de los tan temidos incendios medievales.

Este sistema de aislamiento no se limita a los cuatro ángulos vacíos, sino que se refuerza con escaleras alojadas en los extremos de las naves y también entre las salas bajas de una misma nave y sus correspondientes cámaras altas, separándolas. Cada escalera tiene acceso exclusivo por el patio y enlaza a éste con la cámara superior. La cámara baja no tiene enlace interior con las camaritas que la sobremontan y por tanto para subir a ellas también es preciso salir al patio desde las salas bajas.

Si los vacíos de los ángulos del patio desconectan las naves y especialmente los tejados, las escaleras constituyen el más excelente cortafuegos y eficaz aislamiento. Los cuatro muros de la caja de escalera sobrepasan los tejados y solían terminar en lo que los documentos cristianos llaman *el palomar*, por su aspecto, aunque normalmente era una torrecilla sobre las cubiertas, a modo de mirador, que permitía divisar el contorno y reconocer los tejados. Era también un refugio al margen de los quehaceres de la casa, que a veces, como en *el observatorio* de la Torre de las Damas, en el Patal de la Alhambra, recibía una preciosa decoración interior. Además, los peldaños de las escaleras estaban guarnecidos con bordillos de cerámica o aliceros, en vez de mamperlanes de madera, tan eficaces propagadores de los incendios.

Cierto aislamiento mantienen también los bellos techos de las salas nobles o palacios, al no extenderlos hasta los extremos de la nave y ocupar éstos con las camas, tras un arco de atajo de la sala que permite cubrirlas con techos a menor altura que el techo rico y con sus maderos en diferente orientación a los del gran techo central de la nave.

La incomunicación conseguida por el vacío entre las naves en los ángulos de los patios, no es por tanto un hecho excepcional sino parte del complejo sistema de compartimentación musulmana y, al menos en nuestro tiempo, este complejo sistema de aislamiento tan peculiar, dio un magnífico resultado en el incendio del Generalife de 1958, impidiendo que las llamas del tejado de la nave Este del Patio de la Acequia se corrieran al tejado y valiosos techos de la nave del Norte.

Observemos en el estado actual del Palacio de Comares los ángulos exteriores del

Patio de los Arrayanes. En el ángulo NO. (extremo E. de la Sala de la Barca), las naves de N. y E. del patio sólo enlazan sus muros de fachada al patio. El resto queda aún vacío, salvo una escalera moderna muy en bajo. Los tejados de una y otra nave se elevan a diferente altura.

Lo mismo ocurre en el ángulo NO. donde se aloja el retrete musulmán de la Sala de la Barca, de escasa elevación, por lo que los cristianos aprovecharon el hueco y levantaron sobre el retrete musulmán una escalera que enlazaba los altos y bajos del Mexuar con Arrayanes. Modernamente fue suprimida la escalera y restablecido el retrete musulmán, pero se dejaron sobre él dos plantas de la edificación cristiana, de las cuales don Leopoldo Torres Balbás derribó una.

En el ángulo SO., a pesar del contacto con el Palacio de Carlos V, queda patente el espacio libre entre los extremos de la nave O. del Patio de Arrayanes y el extremo de la nave S. del mismo. Además los dos extremos de esta nave S. estaban ocupados por sendas escaleras, como ocurre en el mismo lugar del Patio de la Acequia del Generalife.

En las recientes reformas al extremo E. de la nave S. del Patio de los Arrayanes, que son las que motivan estas líneas, se comprobó que también aquí las naves S. y E. del Patio de los Arrayanes concurren de modo similar a como lo hacen en el ángulo NO. del mismo patio, con testimonios de haber utilizado el espacio vacío entre los extremos de las naves para un retrete de la Sala de los Mocárabes, similar al de la sala de la Barca y por tanto de muy poca elevación, por lo que el vacío del ángulo quedaría destacado en casi toda la altura.

Lo mismo ocurre en el Patio de la Acequia del Generalife, salvo que en este palacio parece que no existió la nave O. y falta hoy por completo la mitad S. de la nave E. No obstante el encuentro de las naves E. y N., como queda dicho, ofrece el mismo vacío, con idéntica disposición que los ángulos exteriores del Patio de los Arrayanes y así puede reconocerse también en el ángulo SE. del Patio de la Acequia, en donde el espacio vacío entre el final S. de la nave E. (hoy destruido) y el de la nave S. sirvió, no hace mucho, para reemplazar con una escalera nueva a la escalera medieval, desplazada del solar que ocupó la escalera medieval, de la que sólo quedan escasos testigos, pero los suficientes para saber que no ocupó el ángulo del patio. La nave S. de éste, como la del Patio de los Arrayanes, según se ha dicho, estaba flanqueada por sendas escaleras.

En el Patio de los Leones aún aparecen más claramente aislados los pabellones que lo enmarcan, dando lugar a una planta de contorno exterior sumamente irregular, e incluso en el interior, los templetos del patio-jardín, rompen los lados menores y los miradores sobre las puertas de las salas de las Dos Hermanas y de los Aben-

cerrajes, el alzado de los lados mayores. De esta forma, no sólo la planta sino el alzado y las cubiertas, con sus diversos cuerpos y sus tejados de formas, dimensiones y alturas diferentes, retrayéndose o avanzando hacia el patio, sin olvidar el efecto que producirían las torrecillas de los desaparecidos *palomares*, lograrían y aún conservan a pesar de las reformas cristianas, una movilidad de siluetas bien patente, como lo es el destacado aislamiento de los cuatro cuerpos de edificio que se integran en el Patio.

Entre el pabellón de la Sala de los Reyes y los de Dos Hermanas-Lindaraja y Abencerrajes-Haren, no hay más que un muro de enlace al que se adosan: hacia el patio, el peristilo de liviana cubierta y hacia el exterior, por el N., un pequeño cuerpo de edificio y por el S., pequeños contactos con la parte baja de la torre de la falsa Rauda. La Sala de los Mocárabes, medianera con la nave E. del Patio de los Arrayanes, se aislaba de ésta con grueso muro y la diferencia de altura. El extremo N. de la nave de la Sala de los Mocárabes, linda con las bóvedas de los baños y retretes a niveles muy inferiores del de su tejado y el extremo S., con un posible retrete en bajo, desaparecido, junto al portal de la primitiva entrada al Palacio de los Leones, por lo que la sala alta del Patio del Harén, no contacta con la nave de la Sala de los Mocárabes, ni con el muro S. del Patio de los Leones.

Al menos en los ejemplos citados y en casitas más modestas de la Alhambra y en cármenes moriscos del Albaicín, aparece manifiesto el deseo de aislar unos edificios de otros y dentro de un mismo edificio sus diversos cuerpos y aún los elementos que los integran, como también las diversas dependencias y servicios de la vivienda. Como resultado de este sistema, las plantas y alzados de las construcciones ofrecen un movimiento sumamente pintoresco, entre jardines y huertecillos, especialmente destacado por el escalonamiento y multiplicación de tejados de volúmenes diversos, entre arboleda heterogénea y sobre escalonamientos del terreno. Aunque las reformas cristianas procuraban enlazar cuerpos tan diversos de edificios, volúmenes y alturas tan variadas, cubriéndolos con extensas y uniformes cubiertas, por todas partes en la Alhambra y en la ciudad, todavía surgen pequeños cuerpos de edificio, esquinas y torrecillas. Esas torrecillas con que García Lorca caracterizaba a Granada y la diferencia de Sevilla:

*''Guadalquivir, alta torre
y viento en los naranjales.
Darro y Genil, torrecillas
muertas sobre los estanques.''*

J. B. P.